



Talmíd תלמיד “una palabra hebrea la cual significa un verdadero discípulo que desea ser lo que el Rabí Jesús es.”

El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. 1 Juan 2:6 (RVR)

VOLUME 4, ISSUE 10

1 DE OCTOBRE DE 2,012

La Búsqueda De Dios (Parte 2)

Pastor Eddie Idefonso



Dr. Eddie Idefonso

*West Los Angeles Living Word Christian Center
Los Angeles, California*

*Professor, Covington Theological Seminary
Honduras, Pakistan, Zimbabwe Extensions
International Dean, Covington Theological Seminary*

La Bienaventuranza de no Poseer Nada

Mateo 5:3 (LBLA)

³ Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos.

Antes que Dios creara al hombre, preparó para él un mundo lleno de cosas hermosas para su sustento y deleite. Todo lo que Dios creó fue para el bienestar del hombre, pero era indispensable que todo estuviera subordinado a él. El Génesis las llama simplemente “cosas.” Fueron creadas para su uso y siempre debían ser externas a él. Allá en lo profundo del corazón del hombre debía haber un sitio ocupado únicamente por

Dios; afuera, podían estar los mil dones conque Dios lo había bendecido.

Pero el pecado introdujo complicaciones, e hizo que los dones de Dios se convirtieran en instrumentos dañinos para el alma.

Nuestros infortunios comenzaron cuando Dios fue forzado a salir de su santuario, y las “cosas” ocuparon su lugar. Por eso no tenemos paz, porque hemos quitado a Dios del trono de nuestro corazón, y tenaces y agresivos usurpadores pelean por el primer lugar.

Esto no es una simple metáfora, sino el análisis de nuestra verdadera condición espiritual. Dentro del corazón humano hay una raíz de mala naturaleza que le insta a poseer más, y siempre más. Codicia “cosas” con fiera y desenfrenada pasión. Los pronombres posesivos “mi” y “mío” parecen inocentes en letra impresa, pero son de un terrible significado en la vida. Ellos expresan, mejor que mil volúmenes de teología, lo que es la verdadera naturaleza del hombre. Son los síntomas verbales de la más profunda enfermedad humana. Las cosas materiales han echado raíces tan hondas en nuestro corazón que no queremos arrancarlas por temor a morir. Las “cosas” han llegado a sernos indispensables, lo que nunca debió haber ocurrido. Los do-

nes de Dios han llegado a ocupar el lugar de Dios y esto ha trastornado todo el orden de la naturaleza. Nuestro Señor Jesucristo se refería a la tiranía de las cosas cuando dijo a sus discípulos, **“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por causa de mí, la hallará”**. [Mateo 16:24-25 \(LBLA\)](#)

Dividiendo en fragmentos esta verdad, a fin de entenderla mejor, vemos que hay dentro de nosotros un enemigo cuya presencia toleramos con grave peligro. Jesús lo denominó **“vida”** o **“nuestra vida,”** o como diríamos nosotros, *nuestro propio ser*, cuya principal característica es el deseo de poseer. Así lo demuestran las palabras **“ganancia”** y **“provecho”**. Permitir a este enemigo vivir, terminará al final con todo. En cambio repudiarlo, y con él repudiar el mundo de las *cosas*, dará como resultado final la vida eterna con Cristo. Se insinúa también cual es la única manera de acabar con este enemigo: por medio de la Cruz. **“Tome su cruz cada día, y sígame”**.

La mejor manera de adquirir mayor conocimiento de Dios es pasando por valles sombríos de tristeza y soledad. Los bienaventurados que poseen el reino son aquellos que han repudiado todo lo externo, y han desarraigado del corazón todo deseo de poseer cosas. Estos son los verdaderos **“pobres en espíritu”**. En su vida interior han llegado a ser semejantes a los mendigos que deambulaban por las calles de Jerusalén. Ese es el significado de la palabra **“pobre”** en labios de Cristo. Esos bienaventurados pobres han dejado de ser esclavos de la tiranía de las *cosas*. Han roto el yugo del opresor, hallando la liberación, no por medio de luchas, sino por medio de la rendición. No teniendo deseos de poseer nada, llegan a poseerlo todo. **“De ellos es el reino de los cielos”**.

Permitidme que os exhorto a tomar esto seriamente. No lo toméis como una simple enseñanza bíblica más, para alojarla en un rincón de vuestra mente junto a otra masa inerte de doctrinas. Lo que digo es un indicador del camino hacia los verdes pastos, es una senda labrada en la empinada cuesta de la montaña de Dios. Si queremos continuar en la sagrada búsqueda, no debemos tomar otro camino fuera de este. Y debemos ascender paso a paso. Si nos negamos a dar un paso, dejamos de subir.

Como ocurre a menudo, este principio Neotestamentario de vida espiritual tiene su ilustración en el Antiguo Testamento. En la historia de Abraham e Isaac tenemos una descripción dramática de lo que es la vida completamente rendida, y al mismo tiempo un comentario a la primera bienaventuranza.

Cuando Isaac nació Abraham ya era un hombre bien entrado en años. Tenía edad suficiente para ser el abuelo del que ahora era su hijo. El niño no tardó en convertirse en el ídolo y el deleite de su padre. Desde el primer momento que Abraham lo alzó en sus brazos, se constituyó en el esclavo de amor de su hijo. Dios no tuvo a menos comentar este intenso amor paternal, y esto es fácil de comprender. El niño representaba todo aquello que más amaba y reverenciaba el anciano patriarca: las promesas de Dios, los pactos, las esperanzas acariciadas durante años y los sueños mesiánicos tantas veces soñados. A medida que el niño iba creciendo de la infancia a la juventud, el corazón de Abraham se ligaba más y más con él, hasta que esta estrecha relación llegó a hacerse peligrosa. Fue entonces que Dios intervino en las vidas del padre y el hijo para salvar a ambos de las consecuencias de un amor demasiado humano.

Dios le dijo a Abraham, **“Toma ahora a tu hijo, tu único, a quien amas, a Isaac, y ve a la tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré”** [Genesis 22:2 \(LBLA\)](#). El escritor sagrado no nos dice de la agonía de aquel padre, en la noche que pasó junto a las colinas de Beerseba, cuando estuvo a solas con Dios. Pero podemos imaginarla respetuosamente. Es posible que esta agonía no volviera a producirse en ningún otro hombre, hasta aquella noche en el huerto de Getsemaní, cuando Uno, mucho más grande que Abraham, luchó también con Dios. Hubiera sido mucho más preferible que el propio anciano fuera el que tenía que morir. Hubiera sido mucho más soportable, porque ya era muy viejo, y la muerte no hubiera sido penosa para uno que estaba acostumbrado a caminar con Dios. Además Abraham se hubiera sentido dichoso de contemplar por última vez a su hijo, en quien habían de cumplirse las antiguas promesas de Dios.

¿Cómo podría sacrificar al muchacho, aun cuando pudiese apaciguar su corazón y realizar el sacrificio! ¿Y cómo habría de cumplirse la promesa de Dios, **“en Isaac te será llamada descendencia”**? Esta fue la

prueba de fuego para Abraham y él no falló en el momento crucial. Mientras las estrellas todavía brillaban sobre la tienda en que dormía Isaac, y antes que la cenicienta luz del alba comenzara a clarear por el oriente, el viejo santo había hecho su decisión. Ofrecería su hijo en holocausto, tal como Dios le había dicho, ***plenamente convencido que Dios lo haría resucitar de entre los muertos***. Esta, dice la carta a los Hebreos, fue la solución que halló aquel adolorido corazón en la hora más negra de su vida. Y **“muy de mañana”** se levantó para cumplirla. Es precioso ver como, aunque Abraham había errado en comprender los métodos de Dios, estaba acertado en la comprensión de las intenciones de su corazón. La solución concuerda con lo que dice el Nuevo Testamento: **“El que perdiere su vida por amor de mí, la hallará”**.

Dios dejó que el afligido anciano fuese hasta el punto en que no había retorno. Luego, impidió que hiciera daño al muchacho. En efecto, le está diciendo al patriarca, *“Nunca fue mi intención sacrificar al muchacho. Lo que yo quería era quitarlo del templo de tu corazón para poder reinar yo en él, sin que nada, ni nadie, puedan disputarme ese lugar. Quise corregir la dirección de tu amor. Ahora puedes contar con tu hijo sano y bueno. Regresa con él a la tienda; ya sé que temes a Dios, pues no me has rehusado tu hijo, tu único”*.

Después de esto se abrieron los cielos, y se oyó una voz que dijo: **“Por mí mismo he jurado, declara el SEÑOR, que por cuanto has hecho esto y no me has rehusado tu hijo, tu único, de cierto te bendeciré grandemente, y multiplicaré en gran manera tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena en la orilla del mar, y tu descendencia poseerá la puerta de sus enemigos. Y en tu simiente serán bendecidas todas las naciones de la tierra, porque tú has obedecido mi voz”** [Génesis 22:16-18 \(LBLA\)](#).

El anciano varón de Dios levantó la cabeza para responder a la voz y se detuvo allí sobre el monte, fuerte, puro y grande; un hombre a quien Dios había elegido para un fin especial, el amigo preferido del Altísimo. Abraham era pues un hombre totalmente rendido a Dios, completamente sometido a él, y sin nada que pudiera llamar suyo. Había puesto todo en su amado hijo, y Dios se lo había quitado. Dios pudo

haber comenzado de a poco, trabajando en la periferia de la vida de Abraham, pero prefirió ir derechamente al corazón y hacer la separación con un solo tajo. Así economizó tiempo y dolor, y la acción fue efectiva.

He dicho que Abraham no tenía nada que pudiera llamar suyo. Pero, ¿no era rico este hombre? Tenía siervos, ovejas, camellos, ganado y bienes de toda clase.

Además tenía a su esposa, y sus amigos, y lo que era mejor aún, tenía a Isaac, su hijo.

Tenía de todo, pero nada era suyo. Este es el secreto espiritual, la dulce teología del corazón que se aprende en la escuela del renunciamento. Los libros de teología sistemática no hablan de esto, pero los entendidos lo comprenden.

Después de esta amarga, pero bendita experiencia, creo que las palabras **“mi”** y **“mío,”** adquirieron otro significado para Abraham. El sentido de posesión que ellas conllevan había desaparecido de su corazón. Las **cosas** se habían ido para siempre. Era algo externo al hombre. Ya no tenían lugar alguno en el corazón de Abraham. El mundo podía decir, **“Abraham es rico”**, pero el anciano por dentro sonreía. No podía explicárselos a ellos, pero él sabía que nada poseía. Sus tesoros verdaderos eran internos y eternos.

Sin duda ninguna que el hábito de apegarse a las cosas materiales es uno de los más dañinos de la vida. Hábito que por ser tan natural, pasa tantas veces desapercibido. Pero sus resultados son desastrosos.

Con harta frecuencia negamos dar nuestros bienes al Señor por el temor de perderlos, especialmente cuando dichos tesoros son miembros de nuestra familia, o amigos queridos. Pero no tenemos razón para abrigar tales temores. Nuestro Señor no vino para destruir sino para salvar. Todo lo que encomendamos a su cuidado está seguro. La verdad es que no hay nada que esté realmente seguro si no se lo encomendamos a él.

También debemos entregarle nuestros dones y talentos. Debemos reconocer que son simplemente préstamos que Dios nos ha hecho, y no debemos suponer que son propiedad nuestra. No debemos reclamar méritos por talentos o habilidades como no debemos alabarnos por el color de nuestro pelo o nuestros ojos.

“Porque ¿quién te distingue? ¿Qué tienes que no recibiste? Y si lo recibiste, ¿por qué te jactas como si no lo hubieras recibido?” 1 Corintios 4:7 (LBLA).

El cristiano suficientemente despierto reconocerá esta maligna tendencia de su corazón, y le apenará el hecho de que ella exista. Si su anhelo de conocer más profundamente a Dios es lo bastante fuerte, querrá hacer algo para remediar el mal. La pregunta es, ¿qué es lo que puede hacer?

Lo primero de todo es poner aparte todo intento de defensa y no hacer ningún intento de justificarse ante sus propios ojos o los ojos de Dios. Quien quiera que trate de defenderse a sí mismo, no tendrá quién acuda en su defensa, pero si se presenta indefenso delante de Dios, su defensor será el propio Dios. El cristiano deseoso de mejor vida espiritual debe olvidarse de cualquier tretita resbaladiza que imagine su corazón, y presentarse franca y humildemente delante de Dios.

También debe tener presente que este es un asunto santo. Ningún tratamiento superficial o descuidado arreglará la situación. El que quiera recibir la ayuda y bendición de Dios, debe acercarse a él con la plena y absoluta determinación de que él le oiga. Debe insistir en que Dios acepte todo, y tome todas las cosas que hay en su corazón, y que el Señor mismo venga a ser el rey. Tal vez sea necesario que mencione cada cosa y cada persona por nombre. La persona que lo haga así, con franqueza, con sinceridad, sin reservas de ninguna clase, acortará el tiempo de su agonía, reduciéndolo de años a minutos, y entrará a la tierra prometida mucho antes que los que creen que a Dios hay que tratarlo con mucha precaución.

No debemos olvidar que estas verdades espirituales no se aprenden por repetición, como se aprenden las reglas de la física y otras ciencias. Las verdades divinas se aprenden por experiencia, *sintiéndolas* antes de poder saber lo que son. Si queremos conocer las bendiciones de Abraham debemos sentir en carne propia sus mismas angustias y agonías. La antigua maldición no desaparece sin producir dolores. El viejo miserable que hay dentro de nosotros no se rinde, ni muere, acatando nuestras órdenes. Ha de ser arrancado de nuestro corazón como se arranca una mala hierba fuertemente adherida a la tierra. Es necesario

extraerlo con dolor y derramamiento de sangre, igual que una muela que se extrae de la mandíbula. Debe ser expelido fuertemente del alma, de la misma manera que Jesús echó a los mercaderes del templo. Por nuestra parte debemos resistir la tentación de tener lástima de nosotros mismos, uno de los pecados más reprobables de la naturaleza humana.

Si deseamos conocer a Dios en una creciente intimidad, debemos renunciar a todo deseo de propia complacencia. Tarde o temprano, Dios nos someterá a esta prueba. Cuando Dios pidió a Abraham que sacrificara a Isaac, el patriarca no sabía que Dios lo estaba probando. Si él hubiera asumido otra actitud diferente de la que asumió, la historia del Antiguo Testamento hubiera sido muy diferente. Dios hubiera hallado otro hombre como el que buscaba, y Abraham se hubiera hundido en el anonimato. De igual modo a cualquiera de nosotros puede llegarnos la prueba en cualquier momento, quizás sin que nos demos cuenta de que es una prueba. En el momento de prueba no habrá más que una sola alternativa, y todo nuestro porvenir dependerá de la elección que hagamos.

Padre, ansío conocerte, pero mi cobarde corazón teme dejar a un lado sus juguetes. No puedo deshacerme de ellos sin sangrar interiormente, y no trato de ocultarte el terror que eso me produce. Vengo a ti temblando, pero vengo. Te ruego que arranques de mi corazón todo eso que ha sido tantos años parte de mi vida, para que tú puedas entrar y hacer tu morada en mí sin que ningún rival se te oponga. Entonces harás que tu estrado sea glorioso; no será necesario que el sol arroje sus rayos de luz dentro de mi corazón, porque tú mismo serás mi luz, y no habrá más noche en mí. Te lo imploro en el nombre de Jesús, amén.

CORAM DEO (Ante la cara de Dios)

La Tarea más maravillosa del mundo

Marcos 16:15 (LBLA)

¹⁵ Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.

Todos los días durante los últimos 20 minutos de clase, Nito hace de asistente del maestro de música. Por lo general ayuda con la papelería, ordena el salón y lleva mensajes a distintas partes del edificio.

Una tarde a último momento, el maestro llamó a

Nito a su escritorio. Enfrente tenía un fajo de billetes atados con un piolín. Un fajo *grande*.

—Nito, necesito que hagas algo importante— dijo mientras colocaba los billetes en un sobre—. Aquí están los \$850 que obtuvimos en el festival musical de anoche. Quiero que los lleves a la Secretaría.

Nito nunca había visto tanto dinero junto. Boquiabierto, asintió con la cabeza y tomó el sobre. Camino hacia la Secretaría, Nito no pudo menos que sentirse orgulloso de que el maestro le hubiera confiado este encargo. Sonrió cuando entregó el sobre y le dijo a la secretaria lo que era.

Tema para comentar: ¿En qué ocasión te ha demostrado alguien que confía en ti; por ejemplo, pidiéndote que ayudes con una tarea importante? ¿Cómo te hizo sentir?

Es seguro que te gusta que te tomen en serio. La mayoría nos esforzamos todo lo posible por ser dignos de la tarea como un modo de agradecer a la persona que puso su confianza en nosotros.

Como cristianos, el Señor nos ha encargado la tarea más importante sobre la tierra. El Dios del universo tiene un paquete supe importante. Es el mensaje de salvación que sólo Jesús ofrece. Dios quiere que el paquete sea llevado a todos alrededor de todo el mundo. ¿Adivina a quién encarga que lo entregue? Sí, ¡a ti y a mí!

Uno de los mandatos últimos, más claros y más importantes que Jesús dio a sus discípulos fue: “**Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura**” ([Marcos 16:15](#); ver también [Mateo 28:18–20](#)). Esta “**Gran Comisión**” no sólo es una tarea grande. La responsabilidad de compartir con el mundo la verdad acerca de Jesús es un *regalo grande*. Es un privilegio que viene acompañado de la maravillosa promesa de que Jesucristo siempre estará con nosotros para ayudarnos a cumplir la tarea.

Tu Dios todopoderoso hubiera podido encontrar innumerables maneras de contarle al mundo acerca de su Hijo. Podía haberlo escrito en las nubes para que todos vieran su mensaje. Hubiera podido cubrir el planeta con ángeles anunciando a viva voz el mensaje de Cristo. En cambio, nos confía a nosotros el

maravilloso mensaje. Sirve al Señor con alegría. ¡Y sé fiel en entregar el paquete!

(Doctrina en capsula)

CRISTO POSEE LOS ATRIBUTOS DE DEIDAD

Los pasajes bíblicos debían ser suficientes para concluir que la Biblia enseña con suma claridad la doctrina de la deidad de Cristo. Es importante añadir, sin embargo, que la Palabra de Dios explícitamente enseña que Cristo posee todos los atributos de la deidad. La Biblia enseña que Cristo es omnipotente, omnipresente, omnisciente, inmutable, sano y eterno. Además, la Biblia habla del amor, la gracia, la misericordia y otras características de Cristo en el mismo sentido en que atribuye a Dios dichas características.

Cristo es omnipotente

La palabra omnipotente significa “**todo poder**”. Dios es omnipotente porque El todo lo puede. En el Nuevo Testamento la expresión “**el Todopoderoso**” (*ho pantokrator*) se usa únicamente con referencia a Dios. Es muy natural que así sea, pues solamente Dios puede poseer ese atributo. En [Apocalipsis 1:7–8 \(LBLA\)](#) dice:

⁷ **HE AQUÍ, VIENE CON LAS NUBES y todo ojo le verá, aun los que le traspasaron; y todas las tribus de la tierra harán lamentación por El; sí. Amén.**

⁸ **Yo soy el Alfa y la Omega—dice el Señor Dios—el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.**

En su visión apocalíptica, el apóstol Juan contempla a Jesús regresando a la tierra por segunda vez. El apóstol identifica al Señor como: **1)** el Alfa y la Omega, una figura que habla de Su grandeza (principio y fin), **2)** el Señor, señalando hacia Su soberanía; **3)** el que era y que ha de venir, y **4)** el **Todopoderoso** (*ho pantokrator*), es decir, Él tiene control sobre todas las cosas. Jesús tiene autoridad y soberanía sobre todo el universo ([Apocalipsis 4:8](#); [Hebreos 1:3](#); [Colosenses 1:7](#)).

Cristo es omnisciente

Otro atributo de deidad que Cristo posee es el de

omnisciencia, es decir, nada escapa a Su conocimiento. [Colosenses 2:3](#) dice:

“En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”.

La mujer samaritana confesó:

“Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?” ([Juan. 4:29](#)).

Jesús jamás había visto a la mujer samaritana hasta el día en que se encontró con ella junto al pozo de Jacob. Sin embargo, el Señor conocía la vida pecaminosa de aquella mujer. Este es un ejemplo singular de que Jesús poseía el atributo de la omnisciencia. Esta verdad se hace evidente también en las palabras de [Juan 2:25](#): “... y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre”. Jesús sabía las dudas de Tomás ([Juan 20:24–28](#)); sabía que Lázaro había muerto ([Juan 11](#)) y conocía perfectamente los pensamientos secretos de Sus adversarios ([Mateo 9:4](#)). ¿Cómo podría cosa semejante ser posible si el Señor no fuera omnisciente?

Cristo es omnipresente

Otro atributo que, según la Biblia, Cristo posee es el de omnipresencia. Cristo tiene el poder de estar en todas partes al mismo tiempo en la absoluta intensidad de Su Persona. En [Juan 3:3](#), Jesús declara:

“Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo”.

El Señor confiesa que Él está simultáneamente en la tierra y en el cielo. En [Mateo 18:20](#), Cristo prometió a Sus discípulos:

“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos”.

Aunque algunos prefieren interpretar esas palabras de Jesús en sentido figurado, diciendo que Jesús está presente en un aspecto espiritual. Dicen que Cristo está presente en la mente y en las oraciones de los discípulos, pero no en un sentido personal. Sin embargo, una interpretación normal o natural del referido texto señala que la presencia del Señor con los suyos es algo personal y real. De igual modo, Jesús prometió estar con los suyos **“todos los días, hasta el fin del mundo”** ([Mateo 28:20](#)).

Cristo es inmutable

La Biblia atribuye a Cristo la característica de inmutabilidad. Dios el Padre es inmutable ([Santiago 1:17](#)). El no cambia en Su esencia, es decir, lo intrínseco de Su ser permanece inalterable. Dios el Hijo también es inmutable. En [Hebreos 1:10–12](#) dice:

“Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán mas Tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un vestido los envolverás, y serán mudados, pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán”.

El contexto de este pasaje gira alrededor de la Persona de Cristo. La superioridad del Hijo es presentada por el autor de la epístola. El Hijo es superior a los ángeles, porque Él es Dios ([Hebreos 1:7-8](#)). También es superior a la creación, porque Él es el Creador de todas las cosas ([Hebreos 1:9-10](#)). La creación cambia y se envejece, pero el Hijo, siendo Dios, es inmutable. Su esencia jamás cambia.

La misma Epístola a los [Hebreos 13:8](#), dice:

“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”.

Sólo Dios, quien es autosuficiente, tiene la capacidad de ser el mismo ayer, hoy y por los siglos. Si Jesús no fuese Dios, sería una detestable blasfemia atribuirle la característica de inmutabilidad.

Cristo es impecable

Uno de los aspectos de la vida de Jesús que más ha asombrado a los hombres ha sido Su absoluta santidad e impecabilidad. La Biblia afirma repetidas veces que Jesús es santo. En [Hebreos 7:26–27](#), dice:

“Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo”.

El argumento del escritor sagrado es enfático. Los sacerdotes terrenales tenían que ofrecer sacrificios a favor de sí mismos antes de hacerlo por el pueblo. Jesús, siendo santo, inocente y sin mancha, pudo ofrecerse a sí mismo una vez por todas por los pecados de

Su pueblo.

El mismo escritor subraya la impecabilidad de Cristo, diciendo:

“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15).

Del mismo modo el apóstol Juan escribió: **“Y sabéis que El [Cristo] apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en El” (1 Juan 3:5).**

Durante su ministerio terrenal, Jesús retó a los líderes religiosos de Israel, diciéndoles: **“¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?” (Juan 8:46).** Aún los demonios reconocieron que Jesús era el **“Santo de Dios” (Marcos 1:24).**

El apóstol Pablo afirma que **“al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).** Sólo un Cristo impecable podía ofrecerse a sí mismo como expiación por hombres pecadores. Así como el cordero pascual tenía que ser absolutamente santo y sin mancha (**1 Pedro 1:18–20; 1 Pedro 2:22**).

El apóstol Juan, refiriéndose a la visión del profeta **Isaías (6:1–3)**, afirma que Aquel de quien los serafines hablaron, diciendo: **“Santo, Santo, Santo, Jehová de los ejércitos”**, era nada menos que el propio Señor Jesucristo. Juan dice: **“Isaías dijo esto cuando vio su gloria y habló acerca de El” (Juan 12:41).** En resumen, el testimonio de las Escrituras es enfático. Cristo fue y sigue siendo impecable (**Hebreos 13:8**). Su santidad es incuestionable. Tal característica es una demostración de que Jesús es una Persona divina.

Cristo es eterno

Cristo no comenzó Su existencia el día de Su nacimiento en Belén de Judea. Como la segunda persona de la Trinidad, Jesucristo ya era desde la eternidad. El profeta Miqueas, al hablar de la venida del Mesías al mundo, dice:

“Pero tú Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti saldrá el que será Señor en Israel, y sus salidas son desde el

principio, desde los días de la eternidad” (Miqueas 5:2).

El profeta Miqueas enfatiza el hecho de que el Mesías que nacería de la tribu de Judá, no sólo sería el Señor de Israel sino alguien que existe desde el principio, es decir, desde la eternidad. Esa profecía de Miqueas fue citada por los escribas, cuando Herodes les preguntó dónde nacería el Cristo (**Mateo 2:4–6**).

Durante una discusión con los judíos, Jesús mismo hizo una de las declaraciones más enfáticas tocante a la deidad. La afirmación hecha por Jesús se relaciona con el carácter eterno de Su persona. La discusión entre Jesús y los judíos (**Juan 8:21–59**) giraba alrededor de la pregunta: **“¿Quién es Jesús?” (Juan 8:25).** Los judíos rehusaban creer en el Señor, afirmando que por ser hijos de Abraham serían bendecidos de todas maneras (**Juan 8:33**). Jesús les responde que en realidad son hijos del diablo (**Juan 8:44**) y que morirán en sus pecados si no creen en El (**Juan 8:45**). Fue a raíz de esa discusión que Jesús dijo a los judíos: **“De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8:58).**

Los judíos reclamaban que Abraham era el padre espiritual así como el progenitor de la nación judía. Jesús les señala que **“Abraham se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó” (Juan 8:56).** Al escuchar esas palabras, los judíos se asombraron de que Jesús pudiese haber visto a Abraham ya que, según ellos, Jesús aún no tenía 50 años (**Juan 8:57**). Fue ahí donde Jesús afirma Su carácter eterno, usando una frase que sólo corresponde a Dios. El Señor no indica meramente que Su existencia precedía a la de Abraham, sino que Él tiene existencia eterna en el mismo sentido en que Dios la tiene.

Cristo afirmó **“Antes que Abraham naciese, Yo Soy” (Juan 8:58).** **“Yo Soy”** era el nombre del Dios auto-existente quien se había revelado a Moisés en la zarza ardiente (**Éxodo 3:14**). Jesucristo afirmaba ser el **“Yo Soy”**, el Dios auto-existente. Cristo estaba afirmando Su eternidad. Para los judíos tal cosa era una blasfemia.

El apóstol Pablo escribió en **Colosenses 1:17** que **“Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en El subsisten”.** El apóstol Juan, en el prólogo de su evangelio, afirma que el Verbo (Cristo) era en el prin-

NOTAS

cipio con Dios ([Juan 1:2](#)). Cristo hizo referencia a la gloria que tuvo con el Padre antes de que el mundo fuese ([Juan 17:5](#)). El profeta Isaías, escribiendo tocante a la venida del Mesías, dice que **“un niño nos es nacido, Hijo nos es dado”** ([Isaías 9:6](#)). El niño nace, pero el Hijo es dado. El Hijo existía con el Padre antes de Su venida al mundo. Es por eso que Pablo dice que, **“cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo ...”** ([Gálatas 4:4](#)). El Hijo existía desde la eternidad.

Resumiendo, la Palabra de Dios enseña que Cristo es el legítimo poseedor de todos los atributos de la deidad. Todas las características propias de Dios se encuentran presentes en Jesucristo. Tal cosa es posible debido a que Jesucristo es una Persona divina. Él es Dios manifestado en la carne, quien llevó sobre sí la culpa del pecado humano.



*West Los Angeles
Living Word Christian Center*

6520 Arizona Avenue
Los Angeles, CA 90045 USA
(310) 645-2522 or (310) 665-0137

Email: admin@wlalwcc.org
Web Site: www.wlalwcc.org